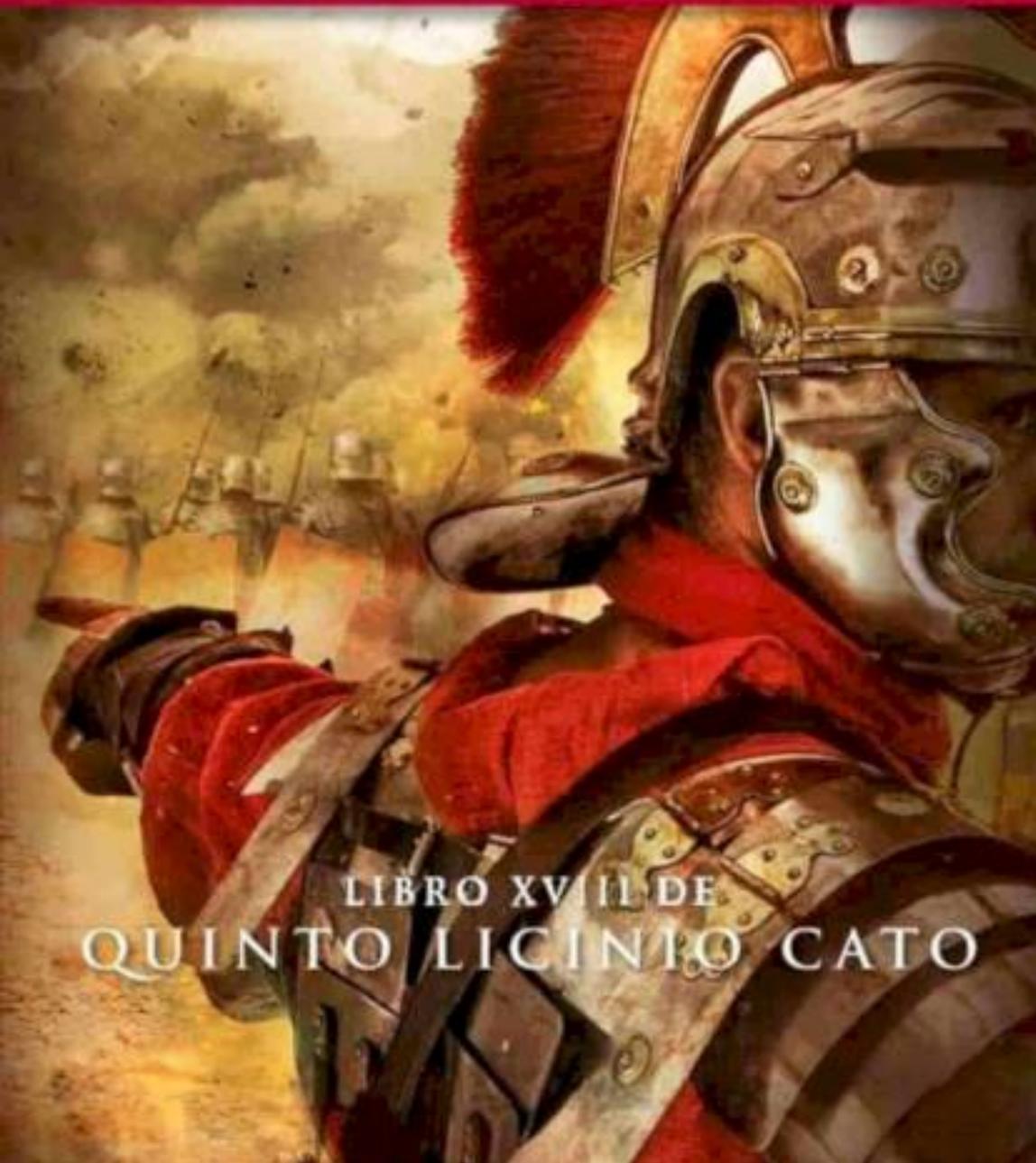


TRAIADORES A ROMA

SIMON SCARROW

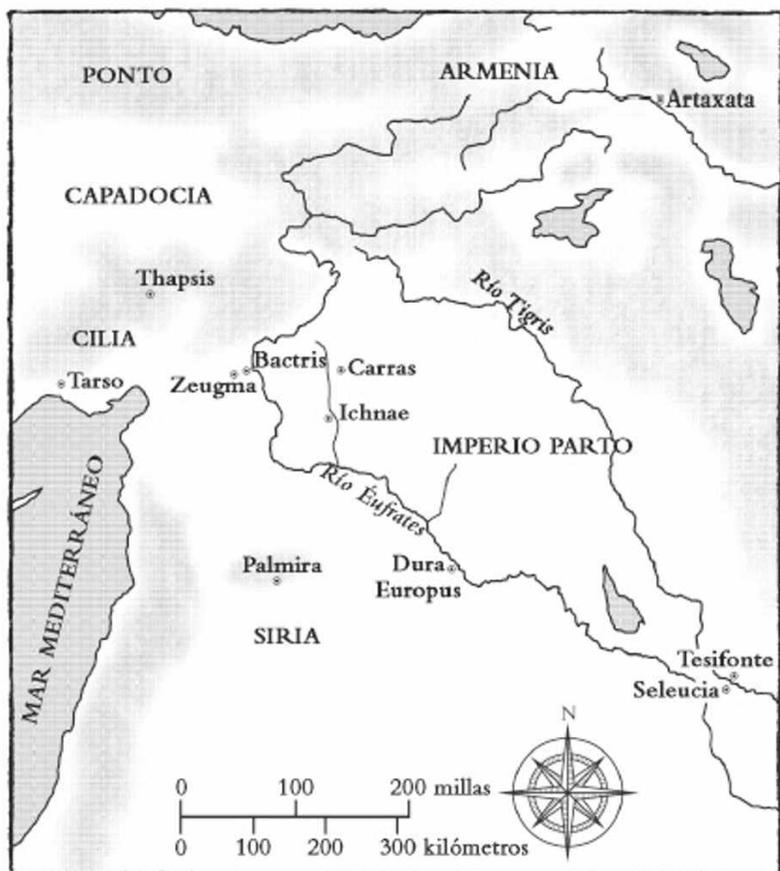


LIBRO XVII DE
QUINTO LICINIO CATO

Año 56 d. C. El tribuno Cato y el centurión Macro, veteranos ya del ejército romano endurecidos por la batalla, aguardan la próxima campaña en Thapis, pequeña ciudad situada cerca de la frontera oriental. Roma prepara sus ejércitos para la lucha contra los partos, cada vez más cercana. Mientras, los espías de la peligrosa y misteriosa Partia los tienen en su punto de mira, pero también son conscientes de que el verdadero enemigo puede estar entre los suyos. Hay un traidor en sus filas. Y ésta podría ser la amenaza más mortal para la legión... y el mismo Imperio, Roma no muestra piedad con los que traicionan a sus camaradas. Pero primero hay que descubrir al culpable. De forma que Cato y Macro se exponen a una carrera contra el tiempo para sacar a la luz la verdad, mientras que el poderoso enemigo sobre la frontera se mantiene alerta para explotar cualquier debilidad en la legión. Luego, el traidor deberá morir...

Traidores a Roma está dedicado a Anne y Mel Richmond, mis queridos suegros. Tristemente perdimos a Mel durante los meses en que se escribió esta novela. Echamos de menos su humor y el entusiasmo con el que disfrutó de todos los días que le dio la vida...

LA FRONTERA ENTRE ROMA Y PARTIA EN EL SIGLO I



DRAMATIS PERSONAE

Quinto Licinio Cato: tribuno al mando de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana.

Lucio Cornelio Macro: centurión de alto rango de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, un rudo veterano.

General Cneo Domicio Córbulo: comandante de los ejércitos del este del Imperio y encargado de someter Partia, sin los recursos necesarios para hacerlo.

Apolonio de Perga: agente del general Córbulo y ayudante de Cato. Obviamente, un hombre astuto y taimado, con un pasado opaco.

Lucio: hijo de Cato; un niño encantador, educado entre soldados, y que por tanto, ay, ha aprendido algo de su lenguaje...

Licina Petronela: prometida de Macro, antigua esclava de Cato. Mujer fuerte de opiniones igualmente fuertes.

Casio: fiel perro rescatado de las tierras salvajes de Armenia, ahora dedicado a Cato y dispuesto a aterrorizar a aquellos que se dejan engañar por su aspecto feroz.

Flaminio: antiguo legionario de la Cuarta Escítica que acaba como esclavo, comprado por Cato, a quien apenas sus circunstancias.

Segunda Cohorte pretoriana

Centuriones Ignatio, Nicolis, Placino, Porcino y Metelo.

Optios Pantelo, Pelio y Marcelo.

Cuarta Cohorte siria

Prefecto Pacio Orfito: recién promovido comandante de la unidad. Un ambicioso buscador de gloria.

Centurión Mardonio.

Optios Foco y Lecino.

Cohorte macedonia de la caballería

Decurión Espato.

Sexta Legión

Centuriones Pulino y Pisón.

Optio Martino, centurión en funciones.

Legionario Píndaro.

Legionario Seleno: un veterano desgraciado y hambriento.

Otros

Prefecto Clodio: nervioso comandante de la primera cohorte auxiliar dacia que vigila la frontera de Bactris.

Granículo: intendente de Bactris. Un horticultor contento que espera la paz.

Rey Vologases: rey de Partia, «rey de reyes», deseoso de inculcar en sus súbditos que el precio de la traición es una muerte espantosa.

Haghrar, de la casa de Ataran: príncipe de Ichnae, también conocido como Halcón del Desierto, que pisa con delicadeza en ese mundo mortal de la política cortesana.

Ramalanes: capitán de la Guardia Real de Palacio.

Democles: capitán de un barco de río que siempre tiene un ojo abierto para las ventajas fiscales.

Patrakis: tripulante del barco fluvial.

Pericles: posadero que desea que sus clientes siempre paguen las facturas por completo.

Ordones: portavoz de la gente de Thapsis.

Centurión Munio: centurión a cargo del destacamento de ingeniería, con la tarea ingrata de construir un puente sobre una corriente furiosa.

Mendacem Farageo: un agitador profesional.

Legionario Boreno: otro agitador que puede que no sea lo que parece.

CAPÍTULO UNO

Otoño, 56 d. C.

—Ahí vienen —murmuró el centurión Macro mirando hacia el extremo más alejado del terreno de adiestramiento, donde una pequeña nube de polvo señalaba la columna de soldados que se aproximaba.

Acabó de masticar la punta de una ramita de anís y arrojó el extremo deshilachado a un lado, y luego escupió para sacarse de la boca la fibrosa pulpa. Se volvió a mirar a su superior, que dormitaba a la sombra, apoyado contra el tronco de un cedro cercano. El tribuno Cato era un hombre esbelto, de poco menos de treinta años. Se había cortado el pelo oscuro muy corto el día anterior, y la barba rala le hacía parecer un recluta. En el sueño, su rostro habría resultado sereno y juvenil de no haber sido por la blanca cicatriz que se lo cruzaba en línea diagonal irregular desde la frente, atravesando la ceja hasta la mejilla derecha. Era veterano de muchas campañas, y su aspecto iba acorde con ello. Junto a él se encontraba su perro, Casio, un enorme animal de aspecto feroz con el pelaje hirsuto y marrón. Una de las orejas había quedado algo desgarrada antes de que Cato se hiciera cargo del animal, un año antes, durante la campaña en Armenia. Apoyaba la cabeza en el regazo de Cato, y de vez en cuando su rabo se meneaba un poquito de un lado a otro, alegre.

Macro contempló a Cato en silencio un momento. Aunque había servido el doble de tiempo, reconocía que la experiencia no lo es todo. Un buen oficial debe tener cerebro

también. Y músculos, añadió a la lista. Esto último quizá no lo tuviera Cato, pero lo compensaba con valor y resistencia. Y en cuanto a él mismo, Macro aceptaba de buen grado que la experiencia y los músculos eran sus principales cualidades. Sonrió al pensar en los motivos por los cuales Cato y él llevaban tantísimo tiempo siendo amigos íntimos. Cada uno de los dos compensaba las cualidades que le faltaban al otro. Habían servido bien durante casi quince años, peleado juntos en campañas en todo el Imperio romano, desde las orillas heladas del Rin a los desiertos calcinados de la frontera oriental. Los dos oficiales tenían un expediente envidiable, y sus cicatrices demostraban que habían derramado su sangre por Roma.

Sin embargo, Macro había empezado a preguntarse cuánto tiempo podría seguir tentando a los hados. Hasta el momento lo habían respetado, pero podía llegar un momento en que incluso su indulgencia se terminase. Ya llegase su muerte por la espada de un enemigo, una lanza o una flecha, o bien por algo tan poco glorioso como una caída de caballo o una enfermedad, presentía que el momento se acercaba. Lo que más temía era una herida que lo dejase de algún modo incapacitado durante el resto de la vida.

Frunció el ceño ante esos pensamientos tan escabrosos. Cinco años antes jamás se le hubieran pasado por la cabeza. Pero ahora era consciente de que sus músculos amanecían rígidos y de que al final de un día de marchas forzadas notaba un doloroso pinchazo en las rodillas. Peor aún: ya no se movía tan rápido como antes, en la flor de su edad. Aunque eso no era ninguna sorpresa para él. Después de todo, se dijo a sí mismo, había servido con el ejército más de veintiséis años. Estaba autorizado a pedir la licencia, tomar la paga y la concesión del pequeño trozo de tierra que le correspondía y establecerse allí para su retiro. Que hubiera decidido no hacerlo aún era sencillamente porque no había sido capaz de imaginarse una vida fuera del ejército. Aquél era su hogar, y Cato y los demás, su familia.

Pero ahora había una mujer en su vida.

Sonrió, y su mente se llenó con la imagen de Petronela: atrevida, estridente y bella. De una belleza que era que precisamente la que Macro más valoraba: era robusta, con los ojos oscuros y la cara redonda y, aunque su lengua podía ser muy afilada, su risa alegre le calentaba el corazón hasta la médula. En parte a causa de ella, y en parte debido al peso de los años, Macro pensaba ahora cada vez más en retirarse del ejército. Y, sin embargo, se sentía culpable al contemplar realmente la posibilidad de pedir la excedencia. Era como si traicionase a los hombres que estaban bajo su mando y, más importante aún, como si estuviera decepcionando a su amigo, el tribuno Cato.

Habría rumiado más sobre todo esto, pero no tenía tiempo en aquel preciso momento. Había trabajo que hacer.

Macro carraspeó un poco y se acercó al tribuno:

—Señor, los chicos sirios han llegado ya.

Cato abrió los ojos. Parpadeó cuando la brillante luz del sol que estaba justo detrás de las ramas del cedro lo cegó por un momento. El perro levantó la cabeza y lo miró con ojos interrogantes. Cato le dio una breve palmadita en el cuello, y luego se puso de pie y estiró los hombros, mientras calculaba mentalmente:

—Se lo han tomado con calma. Se suponía que tenían que estar aquí al mediodía. Eso ha sido hace al menos una hora...

Los dos oficiales entrecerraron los ojos para observar el otro lado del campo reseco que se extendía ante ellos, desde los árboles. Los auxiliares de la Cuarta Cohorte siria caminaban por el sendero que conducía desde la ciudad de Tarso a la zona de instrucción. Era una de las unidades del ejército que estaba reuniendo el general Córbulos para declarar la guerra al antiguo enemigo oriental de Roma, Partia. Varias cohortes auxiliares y dos legiones estaban acampadas a las afueras de Tarso, más de veinte mil hom-

bres en total. Sería una cifra impresionante, reflexionó Cato, si no fuera por la mala calidad de la mayoría de los hombres y su equipo. No era posible pensar que la campaña empezase hasta la primavera, como muy temprano. Córbulo había dado instrucciones a sus hombres de que se ejercitasen con dureza en ese tiempo, mientras conseguían los equipos y la comida necesarios que suministrar al ejército.

A la cohorte siria, por su parte, se le había ordenado que hiciera una marcha de quince kilómetros en torno a la ciudad, y que luego se dirigieran al terreno de entrenamiento para atacar una zona de las defensas erigida por los hombres de Cato, a poca distancia a su derecha. Medía cien pasos de lado a lado, y tenía una única entrada a mitad de camino. Los hombres de la Segunda Cohorte pretoriana ya emergían de las sombras para ocupar sus posiciones a lo largo del terraplén de tierra apisonada que corría detrás de la empalizada de madera. Frente a ellos, una zanja completaba las defensas.

Cato miró a sus hombres con ojos expertos, y notó que se le hinchaba el corazón con un familiar brote de orgullo. Esos soldados, con sus túnicas de color crudo y su armadura por segmentos, eran sin duda los mejores hombres del ejército del general Córbulo. Ya habían demostrado su valor combatiendo en Hispania, y también en la campaña del año anterior en Armenia. Al pensar en esta última, el orgullo de Cato se desinfló un poco, pues recordó a aquellos hombres que había perdido mientras intentaba colocar a un simpatizante de Roma en el trono armenio. Los trescientos supervivientes representaban sólo un poco más de la mitad de los que habían salido de sus barracones de las afueras de Roma cuando la cohorte fue enviada a Oriente para actuar como guardia personal de Córbulo. Cuando finalmente volvieran a la ciudad, sus familias llorarían y lamentarían las pérdidas, y también habría que encontrar hombres para reemplazarlos, que deberían ser entrenados.

Cato esperaba que ese entrenamiento fuera mucho más rápido que el de las unidades del Imperio oriental. Durante demasiado tiempo habían servido como tropas de guarnición, manteniendo el orden entre los habitantes locales y asegurándose de que se recogían los impuestos. Entre ellos, muy pocos habían estado alguna vez en campaña, y por tanto carecían de habilidad y experiencia en el combate. Córbulo había pasado el año anterior reuniendo a sus fuerzas para la inminente invasión de Partia, y muchos de los hombres estaban mal equipados y mal preparados para la guerra. Los auxiliares sirios que ahora andaban hacia los pretorianos eran un ejemplo típico de la mala preparación de los hombres bajo el mando del general.

El perro lamió la mano de Cato. Luego se levantó de un salto y apoyó sus largas patas delanteras contra su pecho, tratando de lamerle la cara.

—¡Abajo, Casio! —Cato lo apartó—. ¡Siéntate!

De inmediato, el animal se sentó sobre sus patas traseras, pero sin dejar de menear en ningún caso la punta del rabo.

—Al menos alguien sí que obedece al adiestramiento —comentó Macro—. Empiezo a preguntarme si no estaríamos mejor con una jauría de perros, en lugar de con esos haraganes.

El oficial que cabalgaba a la cabeza de la columna siria lanzó un grito, al tiempo que levantó el brazo, y los soldados que, tras él, arrastraban los pies se detuvieron. Sin esperar a que les dieran permiso, algunos de los hombres bajaron sus lanzas y escudos y se doblaron en dos, jadeando, sin aliento. El oficial al mando dio la vuelta a su montura y cabalgó de nuevo hacia la columna, amonestando a sus subordinados y haciendo gestos furiosos.

Macro meneó la cabeza y escupió a un lado.

—Menos mal que la instrucción de hoy no ha sido una emboscada, ¿eh?

Cato asintió. Era bastante fácil imaginar el caos que se habría producido entre aquellos exhaustos auxiliares.

—Que se preparen tus hombres. Quiero que ataquen con fuerza cuando los sirios vengan a por nosotros. Necesitan entender de verdad que no estamos jugando a la guerra. Es mejor que haya unos cuantos golpes y huesos rotos ahora, que dejar que piensen que esto es un paseíto hacia Partia.

Macro sonrió y saludó, y después se alejó a grandes zancadas a lo largo de las murallas. Se detuvo a la mitad del camino y se volvió hacia los pretorianos. A éstos les habían suministrado armas de entrenamiento: escudos de mimbre, espadas y jabalinas de madera con la punta roma. Aunque estaban diseñadas para causar menos daño que las reales, tales armas podían, aun así, producir heridas y golpes dolorosos. Macro levantó su bastón de sarmiento y se golpeó con la punta retorcida y leñosa en la palma de la otra mano, mientras se dirigía a los hombres con la voz clara y potente que había perfeccionado a lo largo de los años para entrenar a soldados y dirigirlos hacia la batalla.

—¡Es hora de hacer un poco de ejercicio, chicos! Ahí tenemos casi seiscientos auxiliares. Dos veces más que nosotros. Y eso es mal pronóstico para ellos. —Hizo una pausa para que los hombres pudieran sonreír y lanzar risitas—. Dicho esto, si uno solo de esos cabrones holgazanes consigue subir al terraplén, haré que todos y cada uno de los pretorianos que estáis destinados a esta zona os encarguéis de las letrinas durante un mes. Y como los demás seguirán una dieta de ciruelas..., ¡estaréis tan metidos en la mierda que soñaréis con aire fresco!

Sonó un coro de risas entre los pretorianos. Macro los dejó reír un momento, y luego levantó el bastón para ordenar silencio.

—No os olvidéis nunca de que somos la Segunda Cohorte pretoriana, el mejor cuerpo de toda la guardia imperial. Y ahora, ¡mostradles a esos vagos sirios por qué!

Levantó el bastón en el aire con un salvaje rugido, y los pretorianos lo imitaron, apuñalando los cielos con el extremo romo de sus jabalinas de instrucción, y lanzaron sus gritos de batalla. Macro los animó un momento más, y luego se apartó y volvió a reunirse con Cato y su perro. La oreja que le quedaba a Casio se levantó al oír el sonido de los videntes; se quedó erguido sobre las cuatro patas, y sus cuartos traseros se balancearon mientras su frondoso rabo se agitaba rápidamente de un lado a otro. Cato cogió una gruesa trailla de cuero de su cinturón y la ató al collar del perro, tachonado de hierro, murmurando:

—No puedo dejar que te comas a alguno de los sirios... Sería malo para la moral.

Agarrando con firmeza la correa, se incorporó y miró por encima del terreno abierto, hacia los sirios. Los centuriones y optios estaban muy ocupados conduciendo a sus hombres hacia la línea de combate, frente a la fortificación. Cato se dio cuenta enseguida de que las filas estaban muy mal formadas, aunque los oficiales iban empujando para intentar colocar a los auxiliares en la posición correcta.

Macro se incorporó, con la parte superior de su bastón apoyado contra sus hombros, y dejó escapar un hondo suspiro.

—Joder, por Marte, ¿has visto una mierda semejante alguna vez? No creo que sean capaces de luchar ni contra un rollo de papiro húmedo. Si alguna vez tenemos que enfrentarnos a los partos, será mejor que recemos para que el enemigo se muera de risa o, si no, no tendremos esperanza alguna...

De repente, un brillo en el camino, detrás de los sirios, atrajo la mirada de Cato. Se aproximaban varios jinetes. Iban con la cabeza descubierta, pero llevaban unos petos de armadura resplandecientes.

—Parece que Córbulos se interesa por el entrenamiento de hoy.

Macro aspiró aire entre los dientes.

—Entonces se va a llevar una pequeña decepción, señor.

El general y sus oficiales del Estado Mayor cabalgaron en torno al flanco más alejado de la cohorte siria, para después detenerse a poca distancia, más allá, para observar. Cato miró al prefecto al mando de los auxiliares y sintió un breve pinchazo de piedad por ese hombre grueso y calvo. Pacio Orfito era un oficial bastante decente. Había servido como centurión legionario en la frontera del Rin antes de ser promovido al mando de la cohorte siria, hacía apenas un mes, y acababa de empezar a entrenar a sus hombres para la campaña que se avecinaba. Y ahora tenía la responsabilidad adicional de tener que llevar a cabo la instrucción bajo el escrutinio de su general al mando.

Con la cohorte ya formada en dos líneas de tres centurias, Orfito desmontó, cogió su escudo y su casco de los cuernos de la silla y se armó para dirigir la formación. Como los pretorianos, los auxiliares tenían también equipo de entrenamiento, que era más pesado que su equipo de campaña, y que sin duda contribuía a aumentar su evidente cansancio. Orfito esperó hasta que el grupo abanderado ocupó su lugar entre las dos filas, y entonces se colocó al frente de su cohorte y dio la orden de avanzar. El sol resplandeció en los cascos conforme la formación se ponía en marcha.

Macro miró un momento más y comentó, de mala gana:

—Al menos saben mantener el paso. El prefecto debería dar gracias de que sea así.

Cato asintió, y luego movió el pulgar hacia la muralla.

—Será mejor que te prepares con los chicos.

—¿No vas a unirme a la diversión, señor?

—No. Sólo miraré.

Macro se encogió de hombros. Saludó de nuevo y, sin más, se alejó trotando hasta cruzar la muralla, donde recogería su equipo y se uniría a sus hombres. Cato se quedó a solas con el perro. A veces, reflexionaba, era mejor mante-